

EL ALMA DESPUES DE LA MUERTE

Por Siegbert W. Becker

[Presentado 3 de mayo, 1957 en la Conferencia Proviso; Lyons, IL]

Frecuentemente se oye a los teólogos modernos decir que la inmortalidad del alma no es una enseñanza Cristiana. Defienden la idea de que el concepto del alma inmortal es una doctrina de la filosofía griega que de alguna manera se metió en la teología de la iglesia. Hace unos años, Dean Loomer de la Escuela de Divinidad de la Universidad de Chicago fue preguntado: “¿Qué hace, entonces, con la inmortalidad del alma?” El respondió, “Como teólogo, no me interesa. La inmortalidad del alma es un asunto filosófico y no teológico”.

Cuando esto fue comentado a un teólogo Luterano, dijo que aún cuando no estuvo de acuerdo con Loomer, tampoco creyó que la inmortalidad del alma era una doctrina Cristiana, sino que era un concepto de Platón que se había convertido en el pensar Cristiano actual. Cuando se le preguntó: “¿Qué opinas de las palabras de Jesús, ‘no temáis a los que matan al cuerpo, pero no pueden matar al alma’ ya que estas palabras ciertamente indican que el Salvador creyó que no se puede matar al alma?”, él respondió, “Jesús jamás dijo tal cosa. Era demasiado inteligente y demasiado cristiano para decir algo así. Esas palabras son de Mateo”.

Estas palabras nos recuerdan del argumento de los críticos altos, quienes argumentan que libros como Eclesiastés y Job fueron escritos muy tarde puesto que claramente enseñan la inmortalidad del alma. Puesto que los judíos aprendieron de la inmortalidad del alma de Platón, según ellos, estos libros no podrían haber sido escritos hasta 300 a.C. Es extraño que este mal concepto de que la literatura de sabiduría fue escrito tarde y pertenece al período griego de la historia judía que es responsable para la mala traducción de estas grandes palabras de fe de Job, y hace aparecer que Job creyó en la inmortalidad del alma pero no en la resurrección del cuerpo.

De la misma manera se argumenta que los Israelitas no pudieron haber aprendido la doctrina de la inmortalidad de los griegos puesto que los libros del Antiguo Testamento, escritos cientos de años antes de Platón, claramente enseñan esta verdad. Que Platón pudo haberlo aprendido de los escritos de los profetas, según Lutero, jamás se le ocurre a estos altos críticos. Y si insisten que los judíos tuvieron que aprenderlo de alguien, ¿por qué no pudieron haberlo aprendido de los egipcios? El concepto egipcio de la inmortalidad del alma es mucho más cerca de la enseñanza bíblica que el de los filósofos griegos o de Platón. Que los egipcios creyeron en la inmortalidad de la persona y no en una vaga indestructibilidad de la sustancia del alma es claramente proclamada en sus tumbas detalladas y sus procesos complicados para embalsamar.

Pero la perspectiva de Platón de la inmortalidad del alma no incluyó una enseñanza de que la persona sigue existiendo después de la muerte. La voluntad del hombre, por ejemplo, y las sensibilidades del hombre no siguen después de la muerte, según él. Lo que él llamó la inmortalidad del alma no era nada más que un perdurar de la inteligencia o de la conservación y la preservación de la razón. La persona, que ocupa un lugar importante en la perspectiva Cristiana de las cosas, no tuvo ningún significado para Platón. Los posteriores seguidores de Platón consideraron el alma individual como un elemento pequeñísimo en el gran mundo de las almas, encarcelado por un tiempo en un cuerpo mortal, anhelando ser libre de ese cuerpo y ser absorbido una vez más en la unidad suprema del espíritu.

Esto, como todos reconoceremos inmediatamente, no es la doctrina Cristiana de la inmortalidad del alma. Pero también notamos que desde el principio la Biblia usa la palabra “alma” o “espíritu” en diferentes sentidos. A veces usa la palabra “alma” para significar una persona, aún un animal, o cualquier ser viviente. Hacemos lo mismo hoy día cuando contamos el número de almas en nuestras congregaciones. Pablo hizo lo mismo cuando dijo, “Sométase toda persona a las autoridades superiores” (Rom. 13:1). Moisés hizo lo mismo, ya que podríamos traducir Génesis 2:19 así, “Lo que Adán llamó a las almas vivientes, ese es su nombre.” Y el contexto aclara que las “almas” a que Adán dio nombre eran animales. Obviamente aquí tratamos con una figura del habla, donde una parte indica la totalidad.

¿Cómo podemos decir que el alma es parte del animal? La respuesta a esa pregunta se encuentra en el hecho de que la palabra “alma” se usa en la Biblia para denotar algo más que la vida misma. En el primer capítulo de Génesis los animales son descritos como teniendo almas, y cuando habla de las bestias, las aves y los animales que arrastran sobre la tierra, “en que hay vida” podríamos traducir literalmente, “en quienes hay una alma viviente” (Gén 1:30). Y cuando Pablo dijo de Eutico, “Su vida está en él” podríamos traducir, “Su alma está en él” (Hechos 20:10). Todo esto nos llevaría a tener gran precaución al usar un versículo como Gén 2:7, “Y fue el hombre un ser viviente” para probar la inmortalidad del alma. Cuando la palabra “alma” se usa en este sentido llega muy cerca a la perspectiva moderna incrédula acerca del alma, que no ve en el alma nada más que las funciones vitales del alma, y que trata la ira y la preocupación como nada más que una sobre-concentración de tóxicos malos en el cuerpo.

Aún al estudiar todo esto, de ninguna manera hemos visto todo lo que la Biblia enseña sobre el asunto. La palabra, en otros casos, se usa para denotar esa parte del hombre que sobrevive la muerte. Cuando Juan dice en Apocalipsis, “Vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios” (Apoc. 6:9) no hay ningún otro significado que cabe en este contexto. Ni siquiera es necesario usar la palabra “alma” para enseñar la verdad que comúnmente entendemos bajo el término “la inmortalidad del alma”. Frecuentemente se dice que los primeros libros del Antiguo Testamento no enseñan la inmortalidad del alma, pero si examinamos los hechos encontramos que esto es tan ridículo como decir que las Confesiones Luteranas no enseñan la inspiración de las Escrituras. Es cierto que no encontramos en el Pentateuco ninguna declaración que diga, “El alma es inmortal”, tal como no hay ninguna declaración en la Confesión de Augsburgo que dice, “La Biblia es inspirada”. Pero, a lo largo del Pentateuco la inmortalidad del alma se entiende, tal como en las Confesiones se entiende que la Biblia es inspirada.

Esta doctrina del alma, o del espíritu, del hombre que vive después de la muerte es tan universalmente creída y tan generalmente aceptada por los hombres que podríamos decir que es parte del conocimiento natural de la realidad poseída por todos los hombres. Cuando los antiguos enterraron a sus muertos y colocaron en sus tumbas los elementos y provisiones que necesitarían en el mundo del más allá, dieron testimonio elocuente de su creencia de una vida después de la muerte. Que el hombre tiene un alma que sobrevive el cuerpo es parte de la creencia natural del hombre como un ser religioso incurable.

Lo que generalmente llamamos el alma podríamos describirse como la sobrevivencia de la personalidad del hombre, de la falta de muerte de la parte del hombre que le hace una persona real. Aún si estuviéramos dispuestos a conceder que la palabra “alma” se usa en la Biblia solamente para denotar el principio de la vida en el hombre y los animales, la doctrina de la perduración de la personalidad individual permanecería. Que el ser humano individual sobrevive la muerte está claramente enseñado en los primeros libros del Antiguo Testamento. Esto se ve

en la fórmula que frecuentemente se usa para describir la muerte de los patriarcas. Nos dice, por ejemplo, que Abraham “fue unido a su pueblo” (Gén. 25:8). Ciertamente esto no habla del entierro de Abraham, ya que sus parientes estuvieron enterrados en Ur de los Caldeos y en Harán y Abraham fue enterrado en la cueva de Macpela. De Isaac (Gén. 35:29) y Jacob (Gén 49:29,33) también se dice que fueron reunidos con su pueblo. Se dice lo mismo de Aarón (Núm. 20:24,26) y de Moisés (Núm. 27:13; 31:2; Deut. 32:50), y especialmente en su caso no puede haber ninguna referencia a una tumba familiar. Gesenius, en su diccionario hebreo (subִּרְחֹם) dice que este “ser reunido con su pueblo, o con sus padres, se distingue explícitamente de la muerte y del entierro”.

Sobresaliente en esta conexión son las palabras que el Señor Jesús dijo cuando habló de estas cosas a los Saduceos. Los Saduceos negaron la existencia del alma inmortal y la resurrección del cuerpo. El Salvador dijo que sus puntos de vista reflejaron una ignorancia de las Escrituras. Y para enseñarles que la Biblia enseña esta doctrina, el Salvador citó un pasaje que tal vez vacilaríamos usar para este propósito, puesto que demuestra otra vez que el Señor esperaba que las detalles de la revelación bíblica fueron tratadas como autoritativas y inspiradas. Él dijo a estos judíos que cuando Dios apareció a Moisés, se identificó a Sí Mismo como el Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob. Y Jesús dice, “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (Mat. 22:32). Cuando Dios habló de Moisés, Abraham, Isaac y Jacob habían sido muertos y enterrados por cientos de años. Más Dios no dijo, “Yo fui el Dios de Abraham” sino que “Soy Dios de Abraham”. Consecuentemente, según el argumento del Señor, Abraham y Isaac y Jacob todavía estaban vivos.

Hay, por supuesto, muchos pasajes en la Biblia que hablan de la inmortalidad del alma del hombre. Salomón, en el capítulo doce de Eclesiastés, describe las dificultades de la vejez y termina con una imagen poética de la muerte como un tiempo cuando se quiebra la cadena de plata y se rompe el cuenco de oro, cuando el cántaro se quiebra junto a la fuente y la polea se rompe en el pozo, y luego concluye con estas palabras, “el espíritu vuelve a Dios que lo dio” (Ecc. 12:7). Y cuando Jesús dijo, “No temáis a los que matan el cuerpo mas el alma no pueden matar” (Mat. 10:28), establecía la inmortalidad del alma sin ninguna pregunta y más allá de cualquier duda. Y cuando Juan, en el muy abusado capítulo 20 de Apocalipsis escribe, “Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apoc. 20:4), destaca claramente que las almas de aquellos que se habían muerto en Cristo viven y reinan con el Salvador desde el momento de sus muertes hasta el momento de la resurrección de sus cuerpos.

Esto también se ve en las palabras utilizadas por Pablo para consolar a los Tesalonicenses ante la muerte de sus seres queridos. “Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tes. 4:14). Sus cuerpos fueron enterrados en Tesalónica, pero ellos estuvieron con el Señor, y Jesús los traerá otra vez consigo cuando vuelva para juzgar a los vivos y a los muertos. Pasajes como estos no tienen ningún sentido fuera de un contexto en que la doctrina de la inmortalidad del alma se toma por sentado. Pero, se notará que aquí no se usa la palabra “alma”. Las personas que han muerto están con Jesús, *ellos* vendrán con Él cuando Él vuelva, y *ellos* se resucitarán juntamente con los muertos, ya que Pablo cuando más tarde en este mismo pasaje habla de la resurrección, no dice específicamente que sus cuerpos serán resucitados, sino simplemente, “Los muertos en Cristo resucitarán primero” (v. 16).

En el quinto capítulo de 2 Corintios, el apóstol compara nuestro cuerpo a un tabernáculo, una carpa, en que vivimos. Otra vez no se hace ninguna mención del alma, pero no se podría decir que Pablo no enseñó claramente la inmortalidad del alma cuando escribió, “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”. Otra vez, cuando nos acordamos cuán claramente Pablo escribió en su primera carta a los Corintios, solo unas semanas antes (1 Cor. 15:35-58) donde habla de la resurrección al fin del mundo es evidente que aquí habla de estar ausente del cuerpo y presente con el Señor, pero tiene en mente el período entre la muerte del Cristiano y la resurrección, cuando estará presente con el Señor en su cuerpo.

Nosotros somos nosotros, nosotros somos nosotros mismos, si vivimos dentro del cuerpo o fuero de ello. Después de la muerte, no seremos unas sombras vagas de nuestro anterior ser, sin voluntad, sin emociones ni sentimientos, tal como Platón se imaginaba las almas de los hombres fuera del cuerpo, sino que seguiremos siendo lo que somos, personas en todo sentido del término. Tal pensamiento ciertamente apoya las palabras que San Pablo escribió a los Filipenses, “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros” (Fil. 1:23,24). Es el “Yo”, el ego, la persona, que va para estar con Cristo cuando la muerte llega al Cristiano.

Pedro habla de sí mismo en estos mismos términos. Poco antes de su muerte, escribió, “Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas” (2 Ped. 1:13-15). Pedro se preparaba para dejar su morada temporal, la carpa en que había vivido durante su vida en este mundo, pero para él la muerte no era un dejar de ser, sino llegar a ser algo diferente, en realidad no era nada más que un traspaso de domicilio. Los primeros Cristianos hablaron del día de su muerte como su cumpleaños. También lo podrían haber llamado el día de su mudanza.

Al tener en cuenta este concepto, es más fácil comprender la historia del hombre rico y Lázaro (Lucas 16:19-31). Este pasaje de las Escrituras frecuentemente se excluye de la discusión del estado del alma después de la muerte alegando que es una parábola. Pero no hay nada en las Escrituras para indicar que es una parábola. Ciertamente no está indicado en el texto. Si definimos una parábola como una historia de la vida terrenal usado para enseñar una verdad espiritual, cada historia que clasificamos como una parábola llena estos requisitos con la excepción de ésta. Aquí no hay ningún paralelo entre la vida terrenal, corporal y las cosas espirituales. Más bien parece un evento actual histórico. Tal vez jamás, en esta vida, podremos decidir si es una parábola o el relato de algo que realmente ocurrió del cual Jesús tuvo conocimiento debido a Su omnisciencia.

Pero aún si concedemos que es una parábola eso no significa que no lo podemos considerar como una historia con hechos veraces, aún si decimos que está presentado en términos que podemos entender según nuestra experiencia actual. Al leer la historia del sembrador, no decimos que los detalles literales no son ciertas en la vida real. No advertimos a las personas contra leer esta historia como si fuera una presentación exacta de las prácticas agrícolas de Palestina. Se podría decir lo mismo acerca de la parábola de la levadura y la semilla de mostaza. Los sembradores actualmente salieron a sembrar sobre la tierra tal como está descrito en la parábola; las mujeres usan la levadura para preparar las masas, y los hombres realmente sembraron semillas de mostaza en sus huertos. Así es con todas las parábolas.

Y así, si sea parábola o si sea historia verdadera, podemos decir que la historia del hombre rico y Lázaro nos da un vistazo a las verdaderas condiciones del mundo venidero. Cuando los hombres mueren, o van al cielo o van al infierno. Lázaro se murió y fue al cielo, y allí encontró refugio en el seno de Abraham, quien ya estaba allí. El hombre rico se murió y fue al infierno. Y ciertamente, a la luz de nuestra actual falta de experiencia e ignorancia de las condiciones que aplican en la vida después de la muerte, no queremos criticar la imagen que Jesús nos presenta aquí. Sería fácil ridiculizar muchos elementos. Pero ninguno de nosotros podemos tener mucha paciencia con la persona que pretende saber cómo serán las cosas en el mundo venidero. El Señor Jesús ha estado allí más nosotros no. La imagen que Él presenta aquí tal vez no esté de acuerdo con la imagen que hemos dibujado en nuestra propia mente, pero nosotros somos pobres jueces puesto que todo esto es más allá de nuestra experiencia, y lo más ridículo sería tratar de corregir al Dios omnisciente con nuestra ignorancia.

Si alguien entonces, se opone a esta historia diciendo que no puede estar cierto en los hechos verdaderos puesto que las personas en el cielo y en el infierno no podrán verse, podremos preguntarle, “¿Está seguro?” Los demonios están en el infierno, ¿no es así? Los ángeles están en el cielo. No obstante, supongo que tenemos tantos diablos como ángeles en esta habitación, y no dudo que ellos pueden verse mutuamente. Por los menos, las Escrituras dicen que se disputan entre sí. Y si el crítico sigue insistiendo que la historia no puede ser verídica puesto que dice que el hombre rico hablaba de sus hermanos y ciertamente no podremos recordar a los que dejamos atrás cuando morimos, podríamos recordarles que es la mitología Griega y Romana que permite que los muertos bebieran de Lethe. Y se le podría volver a preguntar, “¿Está seguro?” Y si él dijera que no sería posible que las personas en el cielo estuvieran felices al saber que hay un infierno o si podrían ver a las personas en el infierno, podríamos preguntarle qué está haciendo ahora para las personas que están sin Cristo y sin el Evangelio ahora mismo. En vez de preocuparse acerca de cómo se sentirá acerca de su condenación, cuando ya no hay tiempo para hacer nada acerca de ello, él podría preocuparse un poquito más acerca de ellos ahora, mientras todavía hay tiempo para sacar sus almas del fuego ardiente. Y si preguntaría como el hombre rico podría desear una gota de agua para su lengua, cuando su lengua estuvo enterrada en Palestina junto con su cuerpo y solamente su alma estuvo en el infierno, tal vez no sepamos cómo responderle, pero podríamos recordar que sucedieron muchas cosas que no podemos explicar. Tal vez será posible, ya que no sabemos si el alma podrá sentir tales cosas. Hubo un hombre en mi congregación en Iowa que había perdido su brazo en un accidente en la granja, y por muchos años después insistió que pudo sentir su mano, que sentía sus uñas enterrándose en la palma de su mano. Pero, a pesar de todas estas preguntas, esta imagen de Abraham y Lázaro en el cielo y el hombre rico en el infierno está totalmente de acuerdo con los pasajes bíblicos a que ya nos hemos referido.

De esta manera, después de la muerte el alma, o la persona del creyente va al cielo y el alma del incrédulo va al infierno. Muchos teólogos que no afirman la unidad del Antiguo y Nuevo Testamentos, dicen que el Antiguo Testamento no hace tal distinción, puesto que el Antiguo Testamento habla de un solo lugar a dónde van las almas de los muertos. El nombre para este lugar en el Antiguo Testamento es *Sheol*. Y es cierto que la Biblia habla tanto de creyentes como de incrédulos entrando en *Sheol* después de la muerte. La palabra *Sheol* significa, literalmente, un lugar hueco. Se nota también que es el significado de la palabra inglés “*hell*” y la palabra alemán *Hölle*, que está relacionada con la palabra *Höhle* o cueva y con otras palabras ingleses similares como “hoyo” o “hueco”. Literalmente, entonces, al hablar del infierno, podríamos decir “el Hueco”, tal como *Sheol* a veces es traducido como “Fosa”. De interés es que el significado original de la palabra latina para cielo, *coelum*, que está relacionada con la palabra griega *koi=loi*, y significa “lugar hueco”.

Sheol es el lugar a dónde terminan los muertos. A veces es el lugar a donde van los cuerpos de los muertos, y en tal pasajes se traduce como “tumba”. Hay unos pasajes en el Antiguo Testamento que podemos asegurar que usan este significado (ej. Job 17:13; Ps. 6:5; Ps. 49:14; Ps. 139:8, etc.). Por lo general, es una referencia al lugar donde van las almas después de la muerte. Cuando dicen, por ejemplo, que los malvados serán echados al *Sheol* (Ps. 9:17), no puede haber ninguna duda que la palabra debe ser traducida como “infierno”. Pero, al contrario, cuando el Salvador dice en la profecía, “No dejarás mi alma en el *Seol*” (Ps. 16:10), “infierno” es una traducción que causaría conflictos. Es claro de las palabras del Salvador que Su alma estaba en la Paraíso después de Su muerte en la cruz, y sin embargo en el Antiguo Testamento dice que su alma estuvo en el *Seol*. Debemos tener precaución de siempre interpretar las Escrituras según las Escrituras y no según nuestras nociones preconcebidas de lo que tal palabra debería significar. Es claro que *Seol* puede ser una referencia o al cielo o al infierno, tal como tendemos a hablar del “otro mundo” o “la próxima vida” o “el gran más allá”. Cuando decimos que un hombre haya pasado hasta el más allá no estamos enseñando que hay un solo lugar a donde van todos después de la muerte, o que todos que han pasado están en esa misma habitación. Y si decimos que los creyentes encontrarán gozo en la próxima vida y los incrédulos tristeza, aclaramos que no creemos que están en el mismo estado, ni siquiera en el mismo lugar, pero todos están en el próximo mundo.

Después de la muerte, entonces, el alma va o al cielo o al infierno. Cuando era niño, tuvimos un vecino incrédulo que le gustaba ridiculizar las enseñanzas de la Biblia. Un día le escuché decir a mi papá, “Si hay un cielo, está fuera de este mundo, ¿no es así? Debe estar más allá que la estrella más lejos. Pero si las estrellas están a millones de años luz de nosotros, y si el alma podría viajar a la velocidad de la luz, 186,000 millas cada segundo, se necesitaría millones de años para llegar al cielo”. Por mucho tiempo después de esto, esta pregunta era una cruz muy pesada para mí. Siempre había creído que el cielo estaba más de las estrellas y sin embargo, hasta ese momento, jamás me había turbado la pregunta de cuánto se demoraría el alma para llegar allí. No tuve ninguna duda que el alma podría viajar más rápido que la luz, pero no estuve seguro que podría viajar más allá de las estrellas en un solo día. Y también sabía que el alma del ladrón en la cruz llegó al paraíso el mismo día en que se murió.

Los niños en las clases de catecismo y los adultos en las clases de instrucción nos podrían preguntar, “Si el alma va al cielo después de la muerte, ¿cuánto tiene que viajar y cuánto se demora en llegar allí?” Es cierto, no estamos obligados ni es necesario responder a cada pregunta que se nos hace, pero si vamos a dar una respuesta necesita estar de acuerdo y en armonía con las enseñanzas bíblicas. Todos nos damos cuenta que esta pregunta no es tan

importante comparada con el cómo llegaremos allí. No obstante, hay algunas cosas que la Biblia nos dice que nos evitarán formular ideas que nos causarían tropezar en nuestra fe la primera vez que nos enfrentamos con preguntas aparentemente inteligentes de los “pensadores profundos”, que tienen una apariencia de sabiduría.

Primero que todo, podemos estar claros al decir que cuando la Biblia habla del cielo en un sentido literal está hablando del espacio arriba de la tierra. Dios llamó al firmamento cielo, dice Moisés, y la palabra es traducido como “firmamento” literalmente, extendido, una expansión. Ciertamente no es una cúpula sobre la tierra, ya que en otro versículo dice que las aves volaron en la abierta expansión de los cielos (Gén. 1:20). El cielo, entonces, de acuerdo a este versículo, es el lugar donde vuelan las aves. Es simplemente otro nombre para el espacio encima de nuestras cabezas, y el espacio que se extiende más allá de ello.

Cuando era niño y aprendí la historia de la torre de Babel y como quisieron edificar una torre que llegaría al cielo, pensé que estas personas quisieron salvarse mediante sus obras, que quisieron construir una torre tan alta que pudieron salir de la torre y pisar directamente el cielo y así llegar allí sin tener fe. Pero la historia explica claramente que no construyeron para llegar al cielo, sino para evitar ser esparcidos, y para poder mantenerse juntos sobre la llanura de Babel (Gén. 11:4). Y sabemos de Génesis 1 que el cielo simplemente es el espacio encima de nuestras cabezas, y así nos damos cuenta que estas personas desearon construir un rascacielos que sería visible de muchas millas de distancia y serviría como un punto visible y céntrico para su comunidad.

En vista de todo esto, las palabras de Pablo, donde dice que nos encontraremos con el Señor “en el aire” (1 Tes. 4:17) tienen doble significado. ¿Cuán lejos tendremos que ir para encontrarnos con el Señor? El Señor está en todas partes. Si nuestros ojos pudieran ser abiertos, como los ojos del siervo de Eliseo, para que pudiéramos ver todos los ángeles que nos rodean, tal vez hasta viéramos al Señor aquí y ahora. Y el Salvador nos dice de los ángeles que cuidan a los niños, “Sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:10). Los ángeles cuidan a los niños y al mismo tiempo ellos siempre ven el rostro de Dios. Ellos están con nosotros aquí en esta habitación, aquí y ahora, y al mismo tiempo siempre están en el cielo. Para llegar al cielo, entonces, no es necesario viajar grandes distancias cuando nos morimos. El velo simplemente será quitado de nuestros ojos, el telón se levanta, y nosotros, también, estaremos con los ángeles ante Dios y veremos a nuestro Salvador en Su gloria.

La Biblia no nos cuenta mucho acerca del estado de las almas después de la muerte. Todo que podemos saber con seguridad es que aquellos que han muerto en Cristo serán benditos y felices, que vivirán y reinarán con Él, y aquellos que han muerto en desobediencia e incredulidad estarán en una “cárcel” (1 Pet. 3:19,20) y en tormento. Si estaremos totalmente consientes o si será como un sueño del cual nos despertaremos cuando nuestros cuerpos se reúnen con nuestras almas, no podemos saber con seguridad. De la historia del hombre rico y Lázaro podemos concluir que sabremos algo de las personas que se han quedado atrás. Pero el hecho que aquellos en el infierno se acuerdan de su vida en el mundo no necesariamente establece el hecho de que las personas en el cielo se acuerdan de ello y el hecho de que un hombre se acordó no significa que todos se recordarán. Hay una cosa que sabemos. No reconoceremos las generaciones que vendrán después de nosotros, ya que Isaías dice que Abraham y Jacob, quienes supuestamente estarían muy interesados en los judíos posteriores, no sabían nada de los judíos que vivían en su época (Is. 63:16). Parecería entonces que cuando el telón se levanta frente de nosotros también se baja detrás de nosotros. Y no obstante, puede haber un conocimiento general acerca de lo que ocurre en el mundo, ya que el libro de

Apocalipsis nos dice que los santos muertos recuerdan a los creyentes que todavía están vivos en la tierra (Apoc. 6:9-11).

Una pregunta que provoca problemas y a veces lleva a las personas decir cosas que no deben decir si quieren ser teólogos atados por las Escrituras, es la pregunta acerca del intervalo entre la muerte y el día del juicio. Los hombres frecuentemente especulan en este asunto y afirman que puesto que, según ellos, el alma en la muerte entra a una eternidad sin tiempo, por lo tanto, para el alma no puede haber un intervalo de tiempo entre la muerte y la resurrección y el juicio final. Además, si el alma está juzgada inmediatamente después de la muerte, y si hay otro juicio al final del mundo, esto implicaría un doble juicio.

Porqué esa pregunta de un doble juicio perturba a los hombres es difícil de entender. Si Dios nos dice una y otra vez que somos perdonados, ¿por qué no puede decir a los creyentes dos veces que han sido dados la vida eterna, especialmente si el cuerpo no está presente en el primer juicio? ¿Si desea hacerlo de esta manera y tener dos sesiones de juicio, uno en privado y otro en público, por qué eso nos perturbaría?

La otra incógnita del tiempo que pasa entre la muerte y el juicio final involucra todo el panorama del tiempo y la eternidad. Y cuando los hombres especulan acerca de la naturaleza de la eternidad hablan de algo del cual no tenemos ningún conocimiento. Si la eternidad no tiene tiempo, lo cual es cierto, entonces incluye la cesación del espacio tal como lo conocemos, y hace imposible cualquier cambio. El cambio, tal como lo conocemos, requiere el tiempo. Si queremos juzgar, en base de nuestra experiencia limitada y nuestra inteligencia finita, podríamos juzgar que no puede haber ninguna resurrección de los muertos, ya que esto involucraría un cambio en el estado del alma. No puede haber ningún canto tal como lo conocemos, ya que el tiempo y los intervalos son una parte esencial de la música. Todo esto ha de convencernos que es mejor no especular en tales asuntos. No conocemos nada de ello y no tenemos ninguna manera de investigarlo. Cuando los hombres insisten que no puede haber ningún conocimiento del tiempo para las almas de los muertos, no hablan lo que la Biblia enseña. En el sexto capítulo de Apocalipsis leemos, “Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos” (Apoc. 6:9-11). Es claro que las almas descritas aquí tienen conocimiento del tiempo que está pasando, y les parece muy lento. Y ciertamente nosotros no podemos hablar mejor de estas cosas de lo que dicen las mismas Escrituras.

Aquí sería bueno notar el hecho de que algunos Protestantes conservadores modernos, al igual que algunos teólogos Luteranos alemanes afirman que existe un lugar de limpieza para las almas después de la muerte, muy similar al purgatorio Romano. Este lugar lo llaman Hades. Algunos afirman que este lugar existe para aquellos que fueron creyentes en el mundo, pero no alcanzaron un nivel suficiente de santificación en esta vida. Otros afirman que es un lugar para aquellos que jamás escucharon el Evangelio en este mundo y tendrá una segunda oportunidad para la conversión. El primero es una negación de la enseñanza clara de las Escrituras, que nos dice que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado, y así hace claro que somos limpios y santos mediante la justicia de Cristo y el perdón de pecados. El segundo no tiene ningún apoyo bíblico y también niega la verdad de que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio (Heb. 9:27).

Este último punto señala que sería necio e innecesario orar para las almas de los muertos. Muchos, y algunos dentro de nuestros propios círculos, señalan el hecho de que las Confesiones según dicen, recomienda oraciones para los muertos. De una cita incidental “oraciones para los muertos, que no prohibimos”, han intentado afirmar que el orar para las almas de los muertos es una práctica saludable. En primer lugar, es bueno tener en cuenta que la Apología, donde encontramos esta cita, no define lo que significan al decir oraciones para los muertos. Puesto que las Confesiones Luteranas rechazan cualquier noción de un purgatorio, es claro que ellos de ninguna manera estaban respaldando oraciones para los muertos. Sí ofrecemos oraciones de acción de gracias por los muertos, alabando y dando gracias a Dios por todas las misericordias que mostró a ellos durante su vida en este mundo, pero más allá de eso no podemos hablar sin abandonar el fundamento sólido de las Escrituras.

De lo que hemos visto aquí, será obvio que hay muy poco que podemos saber con seguridad acerca del alma entre la muerte y la resurrección del cuerpo. Lo que sabemos nos motivará a reconocer que esta vida es nuestro tiempo de gracia, ahora es el tiempo aceptado, hoy es el día de la salvación. Esto nos llevaría a “redimir el tiempo”, hacer un uso adecuado del tiempo como un tiempo de preparación para la vida venidera. En este espíritu, entonces, volvemos una y otra vez al Salvador en quien solamente podemos encontrar el perdón y la promesa de la vida eterna. Teniendo esta seguridad de un perdón gratuito y total de todos nuestros pecados mediante la vida perfecta, la sangre, el sufrimiento, la muerte y la resurrección de nuestro Señor, podemos esperar en una bendita anticipación y una esperanza gozosa ese día cuando se nos pedirá nuestra alma. En esa fe podemos cantar:

¡O día feliz! Y hora alegre
Cuando por fin llegue;
Al Padre poderoso y amoroso,
Confianto Su promesa firme
Mi alma entregaré.
Ciertamente Su mano
La llevará con ternura
Al Cielo, a Su patria.

Estar con Cristo será mucho mejor, aunque tengamos que dejar este cuerpo por un tiempo, el cual ha sido formado de una manera formidable y maravillosa, y ciertamente lo haremos falta cuando nos toca mudarnos y dejarlo, ya que este cuerpo también es una gran bendición de Dios, que nos fue dado para disfrutar. Pero vendrá el día cuando estos cuerpos serán resucitados y en ese día, ellos también compartirán la dicha eterna que será nuestra con nuestro Salvador. Dios lo conceda a todos nosotros. Amén.